

Fase REM

ALBA BERLANGA LILLO

La madrugada estaba en su oscuro más intenso cuando un murmullo me arrancó del sueño. Intenté alcanzar el reloj, pero el amago que hice para moverme multiplicó el esfuerzo por un sinfín de potencias que, como piedras, me estremecieron. Horas antes, la euforia había estado manejando mi cuerpo a sus anchas sin prever el deterioro que cada taconazo bailado iba a suponerle a mi espalda, y mi organismo, ahora, anunciaba el agotamiento de todas las reservas de alcohol suministradas durante la noche.

Me tiré desde la cama al suelo del invierno y, aunque frío, parecía quemarme. Tras lograr ponerme en pie recorrí el pasillo hasta llegar a la ventana entreabierta del salón, persiguiendo aquel murmullo. Era el viento. Ahora gritaba mientras golpeaba el cristal con furia, y los árboles, esta noche con insomnio, se mecían con violencia. Las farolas, con una luz muy tenue, parpadeaban a lo largo de la calle totalmente inhóspita. Ésta las sembraba acera arriba hasta perderlas por los confines a los que ni siquiera la cordura ebria se había aventurado a precipitar; los borrachos que habían estado horas antes abra-

zándolas ahora yacían. Los edificios, en un segundo plano, también dormían. El viento insistía, parecía querer llevárselo todo por los aires. ¿Acaso era yo la única que lo escuchaba? La brisa que arrastraba tenía un sabor agrio; la acariciaba, luego la empujaba y terminaba estampándola contra mi frente con un golpe seco. Quizás fuese esa dosis de realidad la que me estimuló a unir todos los flashes de la noche.

El primero me vino con un relámpago acompañado de su trueno. De repente, me hallé sentada en el Salón de Actos de la Universidad celebrando la Graduación. Esa noche clausuraba cuatro años de idas y venidas, en los que había pasado mañanas completas en clase avanzando temario y tardes largas de biblioteca. En éstas mi única tregua consistía en guardar cola para conseguir la milagrosa bebida que me permitiera agotar hasta el último minuto el ambiente de estudio. En efecto terminé necesitando tanto a aquella máquina de café como a la fragancia de chimenea que perfumaba el camino de vuelta, cuando el sol estaba ausente. La nostalgia me hará añorarla a ella y también a cada uno de los pasillos que algún día condené por su longitud excesiva. Cuando Enero culminaba con heladas, ateridos congelaban el tiempo aunque arrojaban la noción del mismo a una infinidad de pasos, desesperándonos a sus viandantes. Más tarde, cuando Junio irrumpía con su calor asfixiante, los caldeaba hasta hacerlos sofocantes.

Sin embargo daba igual cual fuere la época del año, pues cuando quería estar a solas y perderme, ellos planificaban mi huída por la turbulenta maraña de ramales que envuelven. A menudo me topaba con pequeños y acogedores patios acristalados que, diáfanos, me permitían saborear el cálido tacto que dejaba el azul del día en mi piel. Cuando creía que

había llegado al último, escondido y oportuno, se asomaba otro pasillo pero yo solo decidía regresar cuando la siguiente cristalera apuntaba al ocaso.

Tenía la mirada perdida cuando un martilleo me trajo de vuelta a mi salón, frente a la ventana entreabierta. El dolor de cabeza me revolvió todo el cuerpo, quería sosegarlo y rogarle descanso, mas lo único que me dedicó fue una batalla. Aprovechándose de mi fragilidad circunstancial me embistió con la amarga munición que camuflaba en mi estómago. Antes de perder el equilibrio por completo logré alcanzar la butaca más próxima, me desplomé en ella.

Más tarde, cuando los rayos del sol afloraban queriendo esquivar el manto de nubes que cubría la ciudad, recuperé parte de la serenidad que antes se me había desprovisto por inestabilidad. Dedicué varios pestañeos intentando asimilar el primer recuerdo de la noche y al incorporarme noté en mi pecho el tacto de una hoja de papel arrugada. Alcanzándola pude leer en su cabecera “Promoción 2012-2016”. Más abajo se distinguían versos; alguien había aprovechado todo el espacio de una servilleta:

“Se avecinaba tempestad y nos pilló en descubierto,
tú ibas desarmada y lamentabas no poder gritar.

Alzaste los brazos paralizada sin encontrar desierto,
ni siquiera cobijo en donde poderte resguardar.

Huiste tarde, aunque llegaste a tiempo.

Mis párpados pesaron cuando te fuiste,
ignoraron tener piernas para no seguirte.

Del llorar brotaron aquellos recuerdos que hiciste
atrincherados en los resquicios, sin oírte.

Huiste tarde, a...“

La servilleta, quebrada por el final, quedaba incompleta, ¿qué letra era aquélla? Segundos después se reavivó la percusión manifestada en mi cabeza horas antes.

Tragué saliva en un vago intento de encontrar calma y resistiendo los agujijones de unas anginas tempranas releí aquellos versos. Pronto me vi reflejada en ellos:

En los meses pasados aunque en clase mi cuerpo se hallara presente, yo volaba bajo tierra con los ánimos invertidos. Las cadenas y mordazas de un idilio caduco se habían asentado como rutina y sin haber quebrado ningún esquema me encontraba descompuesta cada día. Había confiado mis esperanzas al trascurso del tiempo; creyendo que, mientras su arena cernía, mi pena se marcharía. Sin embargo, los meses cumplían coleccionando semanas, y mi intuición, entre dunas, empezó a inmutarse. Un día, tomando la iniciativa y dando paso a despedidas, la herida empezó a sanar.

Cuando dejé la servilleta sobre la mesa retrocedí hasta sentirme estable contra el respaldo. Quien la escribiera tenía que conocerme al detalle.

Había empezado a llover pero no fue hasta que la ventana se abrió del todo bruscamente, cuando dejé atrás la butaca para aproximarme y cerrarla. De camino, aquélla desató un continuo y acorde compás con el que, inquieta, golpeaba la pared. Pretendía darle fin pero su hipnótico ritmo me sumergió en un limbo coyuntural, su compás empezó a evadirme. De repente, escuchaba música de fondo y aquel compás empezó a coincidir con un taconeo de baile. Retumbando vino el segundo flash.

Toda la promoción bailaba en un local cutre que brillaba precisamente por el entusiasmo y la emoción que habíamos invertido dos días antes mien-

tras lo decorábamos. No recordaba cuantas copas llevaba de más porque ni siquiera sabía dónde y cuándo había perdido la cuenta. Aunque sentía la absurda sensación que recién bebido deja el alcohol, todavía no notaba ningún papel guardado en mi pecho.

Los focos de aquel antro enfatizaban esas copas que llevábamos de más, sobre todo aquéllos que nos hacían creer estar moviéndonos a cámara lenta. Mis esfuerzos se multiplicaban en esos instantes, luchando por mantenerme en pie. En uno de esos lapsos se acercaron un par de compañeros a felicitarme. El primero era un chico con el que había coincidido en varias asignaturas. A la segunda persona no podía distinguirla. Tras devolverles la felicitación tropecé con mis propios pies. Me era difícil coordinarlos. La cara que veía confusa me sujetó, y cuando giré la cabeza para darle las gracias ya me había conducido fuera para tomar el aire. Nos detuvimos junto a un árbol.

Intenté entablar conversación pero mis preguntas quedaron suspendidas en el humo del cigarro que fumaba. Cuanto más me esforzaba por enfocar sus facciones éstas más nubladas se volvían. Me relajaba su compañía, a mí sí me reconocía. Me apoyé contra el tronco observando cómo aplastaba la colilla, y cuando estuvimos dentro rompió el silencio que fuera había sembrado: “prométete que no te abandonarás más”. Le dediqué una sonrisa y proseguí bailándole al olvido en un impulso ciego de querer recordar más.

Cuando la lluvia empezó a acelerar su caída al vacío, me rescató de aquel limbo devolviéndome al salón; a escasos centímetros de la ventana. A contraviento conseguí cerrarla. El goteo de lluvia ahora susurraba. Cuando la calma predominó, se

propagaron aquellas palabras: “prométete que no te abandonarás más”. ¿Abandonarme a mí misma?

Fueron las ocho campanadas del reloj de pared las que me hicieron caer en la cuenta de que la mañana había entrado en la habitación. Decidí que un vaso de leche caliente me vendría bien aunque el cuerpo todavía me pesara. Necesitaba activarme. De camino me detuve en el recibidor para observar la torpeza mía; había dejado los tacones malamente esparcidos por el suelo, y el abrigo descansaba a escasos centímetros de la puerta.

Cuando estuve en la cocina, saboreando cada trago, advertí cómo el bolso que había llevado la noche anterior colgaba de una silla. Lo acerqué para dar con el teléfono móvil, y distinguí en su interior un pequeño trozo de papel enganchado en la cremallera: la parte de servilleta que faltaba. Me lancé al salón para alcanzarla y tras volver a desplegarla, la acerqué a su parte quebrada. Entrecerré los ojos para situarme de nuevo en la noche pasada, junto a aquel árbol y a la cara nublada. De fondo podía escucharse la música, y el cigarro, aplastado, todavía exhalaba sus restos de nicotina. Entonces, volví a notar la textura arrugada en el pecho. Ya estaba ahí.

Al abrir los ojos la contemplé una vez más, reparando en la letra. Esta vez algo cambiaba. Ahora, yo también la reconocía. Palabra por palabra. Mientras miraba el quebrado de su esquina completé, recordando, en voz alta:

“[...]”

Huiste tarde, aunque nos encontramos a tiempo.

Prométete que no te abandonarás más:

Atentamente, tu conciencia.